

Biografía de una generación revolucionaria*

Roy Foster

Universidad de Oxford

Resumen: Este artículo aborda la formación de una «generación revolucionaria» en Irlanda desde 1890, en el periodo que precedió a la revolución irlandesa que comenzó con la insurrección de Pascua de 1916 y culminó con el Tratado Anglo-Irlandés de 1921. El autor reflexiona sobre si los revolucionarios irlandeses pueden ser considerados como una «generación de 1916», en el sentido en que Robert Wohl ha escrito sobre la «generación de 1914» en Europa, y compara su autoconciencia e identidad con los conceptos de generación introducidos por Mannheim y Ortega y Gasset. El artículo se centra además en los «revolucionarios inesperados», como, por ejemplo, los jóvenes procedentes de entornos acomodados e integrados en el *establishment*, los protestantes y las mujeres. La aproximación sugerida es la del análisis biográfico. El resultado que surge de éste apunta hacia la existencia de una corriente revolucionaria claramente diferente de la tradición rural, católica y mística del nacionalismo que ha sido usualmente priorizada por los historiadores de la revolución irlandesa.

Palabras clave: historia de Irlanda, revolución, biografía de grupo, experiencia individual, generación revolucionaria.

Abstract: This article considers the making of a «revolutionary generation» in Ireland from 1890, in the period preceding the Irish revolution that

* Texto discutido en *Le singulier et le collective à l'épreuve de la biographie*, II Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía Histórica, París, Colegio de España, 8-9 de febrero de 2010, proyecto de investigación HAR2008-03420, Gobierno de España.

began with the insurrection of Easter 1916, and culminated in the Anglo-Irish Treaty of 1921. The author considers whether the Irish revolutionaries can be seen as a «generation of 1916», rather as Robert Wohl has written of a «generation of 1914» in Europe, and compares their self-consciousness and identity to the generational concepts pioneered by Mannheim and Ortega y Gasset. The article also concentrates upon «unexpected revolutionaries», such as young people from secure backgrounds in the «establishment», Protestants and women. Above all, the approach suggested is that of biographical analysis. The picture that emerges is of a distinctly different revolutionary strain than that of the rural-Catholic-mystic tradition of nationalism usually prioritized by historians of the Irish revolution.

Keywords: History of Ireland, revolution, group biography, individual experience, revolutionary generation.

En una época en que se está extendiendo y revalorizando el estudio de la biografía vale la pena considerar en qué medida es posible esclarecer el análisis de las revoluciones tanto a través del estudio de las vidas individuales como de la biografía de los grupos. La historia de las revoluciones ha sido abordada por algunas mentes ilustres como un ejercicio de estudio comparativo¹, e indudablemente existen algunos puntos de comparación entre las distintas generaciones revolucionarias. Pero, además, me gustaría recordar que Isaiah Berlin (un estudioso muy interesado en las revoluciones) animaba a buscar lo específico, lo concreto, en la experiencia personal e individual², porque ahí, a mi juicio, pueden hallarse muchos elementos que explican lo inesperado de la revolución.

¹ Crane BRINTON: *The Anatomy of Revolution*, Londres, Jonathan Cape, 1953, y Theda SKOCPOL: *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979. Véase también John DUNN: *Modern Revolutions: an introduction to the analysis of a political phenomenon*, ed. revisada, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 (1.ª ed., 1972), y Alexander J. GROTH (ed.): *Revolution and Political Change*, Aldershot, Dartmouth Publishers, 1996.

² «Por consiguiente, los historiadores, cuya tarea es decirnos lo que sucedió realmente en el mundo, rehúyen las pautas teóricas rígidas en las que a veces es preciso encajar los hechos con una buena dosis de dificultad y artificio. Y este instinto es muy sensato. El verdadero objetivo de la ciencia es advertir el número de similitudes en el comportamiento de los objetos y elaborar propuestas con el máximo grado de generalidad, de las cuales sea posible deducir lógicamente el mayor número de tales uniformidades. En la historia aspiramos a lo contrario. Cuando

En efecto, ¿cómo podemos abordar la historia de las revoluciones? Al margen de si una revolución puede clasificarse como socialista, reaccionaria o nacionalista (o combina elementos de las tres), explorar sus raíces es un asunto de una relevancia duradera, sobre todo cuando contemplamos el siglo xx que acaba de concluir. Desde la primera (y a menudo olvidada) revolución rusa de 1905³ hasta las revoluciones de Europa del este, que transformaron la última década del siglo, la historia reciente ha estado jalonada de sublevaciones que han transformado la vida de la gente, así como los sistemas políticos y económicos que la rigen. Además, la forma en que las revoluciones han seguido produciéndose ha cuestionado y subvertido muchas de las teorías generales sobre la revolución que han ofrecido los teóricos. Por supuesto, esas grandiosas teorías van en busca de grandes pautas, a veces de forma muy estimulante, y muy a menudo giran alrededor de los polos de las grandes revoluciones francesa y rusa, entre cuyas trayectorias puede establecerse algún tipo de paralelismo —pese a que ya hemos dejado de creer que la revolución rusa de 1917 era, como decía Lenin, la etapa siguiente de un proceso histórico mundial iniciado en Francia en 1789—. Pero esas revoluciones recientes del mundo posterior a 1989 han provocado que volvamos a fijarnos en las grandes revoluciones clásicas y en las pautas que siguen —como se ha hecho en el caso de Rusia, comparando 1917 con 1991—⁴. En cambio, ahora intentamos buscar una mayor clarificación a través de cuestiones de

deseamos describir una revolución en particular (lo que sucedió en realidad), lo último que queremos es centrarnos exclusivamente en las características que pueda tener en común con el máximo número de revoluciones que podamos encontrar, ignorando las diferencias que resulten irrelevantes para nuestro estudio; así pues, lo que un historiador quiere desvelar es lo específico, lo exclusivo, en un personaje, en una serie de hechos o en una situación histórica determinados, de modo que, al presentarle la explicación, el lector sea capaz de comprender la situación en lo que se llama su “concreción”. Véase Henry HARDY (ed.): *The Sense of Reality: studies in ideas and their history*, Londres, Pimlico, 1997, pp. 21-22 [*El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*, Madrid, Taurus, 1998].

³ Moira DONALD: «Russia 1905: the forgotten revolution», en Moira DONALD y Tim REES (eds.): *Reinterpreting Revolution in Twentieth-Century Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, 2001, pp. 41-54.

⁴ Edward ACTON: «The Parting of Ways: comparing the Russian revolutions of 1917 and 1991», en Moira DONALD y Tim REES: *Reinterpreting Revolution...*, pp. 55-72, y Edward ACTON: *Rethinking the Russian Revolution*, Londres, Edward Arnold, 1990.

paradoja y de matiz; lo que *no* cambia durante las revoluciones ha pasado a interesarnos tanto como lo que sí ha variado⁵.

Los análisis más recientes de las revoluciones tienden a restar importancia al protagonismo de la dinámica ideológica y a considerar los impulsos ostensiblemente «políticos» en términos de antagonismo étnico, de reacción antiimperialista y de lo que Robert Gerwarth ha denominado «el psicustrato oculto de las masculinidades y de los conflictos comunitarios locales»⁶. Por consiguiente, es posible que no tengamos que centrarnos tanto en examinar el avance de la revolución por el procedimiento del análisis social y político, y observar, por un lado, los grandes movimientos de desarrollo económico y sociológico, y las presiones contingentes de la crisis inmediata (política y económica), por otro. Sea como fuere, independientemente del enfoque que se adopte, la mayoría de los estudios intentan aislar lo que recientemente se ha dado en llamar «el punto de inflexión»: el momento en el que se hace posible un cambio sustancial, que va alimentándose de un cambio en «los corazones y las mentes», así como del «problema que se presenta» de una crisis inmediata. Esto es válido, por ejemplo, en el caso de muchos estudios sobre la guerra de independencia de Estados Unidos. Pero, por lo menos entre los historiadores, es menos habitual —tal vez porque resulta más difícil de aislar— intentar analizar la «prerrevolución», es decir, ese proceso de cambios que allana el camino a la crisis.

No obstante, los trabajos que intentan hacerlo son muy a menudo los trabajos que más cosas nos dicen y que superan la prueba del tiempo. En el caso de la guerra de independencia de Estados Unidos se podría poner como ejemplo *The Ideological Origins of the American Revolution* (1967), de Bernard Bailyn, y en el de la revolución rusa, el libro de Franco Venturi titulado *Roots of Revolution*, originalmente publicado en 1952 con el título *Il Populismo Russo*. El libro de Bailyn examina la literatura y el periodismo panfletarios en las colonias norteamericanas hasta finales de la década de 1770;

⁵ Véase, por ejemplo, Krishan KUMAR: «Twentieth-century Revolutions in Historical Perspective», en íd.: *The Rise of Modern Society: aspects of the social and political development of the West*, Oxford, Basil Blackwell, 1988, pp. 177-183.

⁶ Robert GERWARTH y Martin CONWAY: «Revolution and Counter-revolution», en Donald BLOXHAM y Robert GERWARTH (eds.): *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 140-175.

el libro de Venturi estudia a los pensadores radicales y a los activistas políticos rusos del siglo XIX y concluye con el asesinato del zar Alejandro II en 1881. Ambos libros evocan muy bien la «prerrevolución» al recrear las actividades de una «*intelligentsia*» (en términos difusos) y mostrar cómo las ideas reaccionan entre ellas. Son ejercicios de historia intelectual. Pero Bailyn pone el acento en los «corazones» además de en las «mentes». Y al volver a leerlos también me ha llamado la atención lo mucho que el colosal libro de Venturi es una especie de experimento en el campo de la biografía.

En su introducción al libro de Venturi, Isaiah Berlin volvía a destacar el «individualismo», así como el «racionalismo» de los principales revolucionarios populistas⁷. Eso viene a sugerir que las biografías de las personas implicadas son tan importantes como sus teorías y sus ideas. Siguiendo con Rusia, eso mismo podría decirse de los venerables estudios de Edmund Wilson, *Hacia la estación de Finlandia* (1940), y de E. H. Carr, *Los exiliados románticos: galería de retratos del siglo XIX* (1933), escritos cuando la revolución rusa era un fenómeno muy reciente. Pese a que ambos simpatizaban con el marxismo, tanto Wilson como Carr estudiaron el proceso de la revolución a través de las biografías personales de los individuos, así como de sus posturas «objetivas» e ideológicas⁸. Y en ambos casos, el aspecto empírico y biográfico de la investigación no sólo esclarece los pensamientos de los teóricos y los acontecimientos que

⁷ «La fe en la libertad humana era la piedra angular del humanismo populista: los populistas nunca se cansaban de repetir que los fines eran elegidos por hombres, no les venían impuestos, y que tan sólo la voluntad de los hombres podía construir una vida feliz y honorable, una vida en la que pudieran conciliarse los intereses de los intelectuales, los campesinos, los obreros y las profesiones liberales; no exactamente lograr que coincidieran totalmente, ya que eso sería un ideal inalcanzable, sino que se amoldaran en un equilibrio inestable que la razón humana y la constante atención humana pudieran adaptar a las consecuencias casi siempre impredecibles de la interacción de los hombres entre sí y con la naturaleza». Véase Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist and socialist movements in nineteenth-century Russia*, traducido del italiano por Francis Haskell, Londres, 1960, p. xix [*El populismo ruso*, Madrid, Alianza Editorial, 1981].

⁸ Tal y como los propios protagonistas insinuaban a veces: Belinsky acusó a Bakunin de ser «como un alemán, que nació siendo un místico, un idealista, un romántico, y así morirá, porque no se puede cambiar la naturaleza de una persona echándole filosofía por encima». Véase Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. 50. También resulta llamativo que Venturi considere que, con diferencia, la obra más reveladora del ideólogo populista Chernyshevsky es su biografía inacabada (*Prologue of the Prologue*, p. 145).

desencadenaron, sino que también sigue siendo la parte más intensa y fascinante de aquellos estudios clásicos. La descripción de la forma en que la vida afecta al pensamiento perdura mucho más que las inquietudes y los sesgos políticos tácitos de los autores —que por supuesto reflejaban la época en que escribían y que no siempre eran recibidos con aprobación— (Vladimir Nabokov le dijo brutalmente a Wilson que *Hacia la estación de Finlandia* se parecía a un «cubo de leche con una rata muerta en el fondo») ⁹.

Las biografías de los personajes que allanaron el camino a una revolución, o incluso que la precipitaron, pueden ser de una relevancia duradera en una época en que las teorías generales sobre la revolución presentan más problemas que antes; la disolución de la revolución en la violencia y el terror es un asunto por el que se han preocupado algunos estudios históricos recientes ¹⁰. Eso da una idea de la importancia de un enfoque psicológico y sociológico. Sin embargo, muchos estudios sobre los revolucionarios tradicionalmente los han retratado como personas que actúan principalmente en el seno de grupos u organizaciones, en vez de como individuos, como personas que viven sus vidas individuales ¹¹. Por supuesto, la tarea de analizar la vida de las personas en un frente tan amplio es imposible, a menos que uno elabore un diccionario biográfico de varios tomos que resultaría ilegible.

Sin embargo, aquí me gustaría señalar que ese tipo de tratamiento biográfico podría aplicarse a determinados aspectos de una revolución que casi nunca se incluye entre los «estudios revolucionarios» generales: la revolución irlandesa de 1916-1922. Desde 1800 Irlanda había estado constitucionalmente unida a Gran Bretaña y enviaba a sus representantes al Parlamento imperial de Londres, en vez de mantener, como hacía previamente, su propio Parlamento en Dublín; el gobierno se ejercía a través de funcionarios

⁹ Citado en Alex ROSS: «Ghost Sonata: Edmund Wilson's adventure with Communism», *New Yorker*, 24 de marzo de 2003.

¹⁰ Véase, por ejemplo, Arno MAYER: *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000, y Robert GERWARTH: «The Central European Counter-revolution: violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present*, 199 (2008), pp. 175-209.

¹¹ Véase, por ejemplo, la excelente obra de Temma KAPLAN: *Anarchists of Andalusia 1868-1903*, Princeton, Princeton University Press, 1977 [*Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*, Barcelona, Crítica, 1977].

británicos y de un virrey británico en Dublín. Hubo sublevaciones esporádicas contra la dominación británica por parte de los nacionalistas radicales en 1848 y en 1867, pero no recibieron un apoyo generalizado y, para finales del siglo XIX, la mayoría de los observadores esperaba el restablecimiento de un Parlamento y un gobierno irlandeses con transferencia de competencias en el seno del Imperio —la denominada solución del *Home Rule* (estatuto de autonomía)—. Sin embargo, durante la década 1912-1922 todo cambió —en parte debido a los profundos efectos de la Primera Guerra Mundial y en parte porque la resistencia de los «Unionistas» protestantes del nordeste de la isla ponía en peligro la entrada en vigor del Estatuto—. Durante aquellos años, a una insurrección, fallida pero inspiradora, de los rebeldes nacionalistas durante la Semana Santa de 1916, le siguió una guerra de guerrillas contra las fuerzas de policía y del gobierno que culminó con el Tratado de 1921, que concedía la independencia a todos los efectos (dentro de la Commonwealth británica) a tres cuartas partes de Irlanda, lo que en un primer momento se denominó el «Estado Libre Irlandés». (El «Estado Libre» fue declarado una República en 1948; los seis condados del nordeste se habían desgajado en 1920 para formar la provincia autónoma de «Irlanda del Norte», que hoy en día sigue formando parte del Reino Unido.)

Lo que ocurrió en Irlanda en aquellos años no suele ponerse a menudo como ejemplo en la «teoría revolucionaria» general; quizá porque tuvo lugar a pequeña escala y, aunque en gran medida logró desalojar al gobierno británico establecido, sustituyó aquel orden con los valores social y políticamente conservadores del Estado Libre Irlandés autónomo. «Fuimos», comentaba Kevin O'Higgins, uno de los más influyentes líderes políticos del Estado Libre durante la década de 1920, «los revolucionarios de mentalidad más conservadora que jamás hayan culminado con éxito una revolución»¹². A pesar de todo, él y sus colegas fueron los beneficiarios de una revolución que, al igual que la revolución rusa, que fue mucho más profunda, se nutrió de la radicalización de una generación de finales del siglo XIX. ¿Cómo podemos intentar comprender los vectores y la redes por los que fue difundiendo la radicalización política y cultural durante la década de 1890 y prin-

¹² *Dail Eireann, Diosboireachtaí Pairliminte: Tuairisg Oifigiúil (Parliamentary Debates: Official Reports)*, Dublín, 1922, vol. II, 1909, 1 de marzo de 1923.

cipios de la década de 1900? Tal vez esa tarea puede resultar más manejable si analizamos una determinada tipología de activista radical, acaso el tipo más inesperado. La visión clásica de la revolución irlandesa tiende a invocar la lucha por la tierra a lo largo de muchas generaciones y de siglos de dominación política por parte del Reino Unido. Pero en 1900 ese litigio por la tierra ya se había ganado a todos los efectos a través de una serie de leyes por las que se animaba a los terratenientes a vender sus tierras a los arrendatarios que las ocupaban y a los que se ofrecían créditos hipotecarios baratos a través de grandes subvenciones de ayuda del Estado. A finales de siglo podía argumentarse que la forma de gobierno por parte del Reino Unido no era ni demasiado opresiva ni poco representativa; de hecho, la perspectiva de que Gran Bretaña concediese el autogobierno o «*Home Rule*» a Irlanda se consideraba inevitable¹³.

El *Home Rule* era el objetivo del constitucionalista Partido Parlamentario Irlandés, cuyos miembros representaban las circunscripciones de Irlanda y tenían escaños en el Parlamento imperial de Westminster; exigían un Parlamento nacional para Irlanda, con transferencia de competencias para los asuntos de la isla, pero sin dejar de formar parte del Imperio. En 1886, el carismático líder Charles Stewart Parnell, defensor del *Home Rule*, había conseguido el apoyo del Partido Liberal de W. E. Gladstone, y aunque Parnell tuvo que abandonar el poder en unas circunstancias escandalosas en 1890-1891, los liberales siguieron oficialmente comprometidos a llevar el *Home Rule* a Irlanda cuando las circunstancias políticas lo permitieran. A los nacionalistas radicales irlandeses aquello les parecía un enfoque insuficiente y colaboracionista, y la nueva generación revolucionaria de principios del siglo XX acabó considerando casi tan enemigo al Partido Parlamentario Irlandés como al gobierno británico. El hecho de que en 1912 el gobierno promulgara una ley de *Home Rule* que otorgaba un Parlamento a Irlanda y de que al mismo tiempo fuera incapaz de plantar cara a la resistencia paramilitar con la que amenazaban los unionistas del norte acentuó la desilusión de muchos nacionalistas; pero lo cierto es que da la impresión de que la generación más joven ya había desistido de apoyar al Partido Parlamentario Irlandés.

¹³ Pero cfr., para una opinión contraria, Fergus CAMPBELL: *The Irish Establishment 1879-1914*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

Esto es algo que puede observarse a través del compromiso de aquella generación con el «renacimiento» cultural a base de aprender el gaélico (una lengua casi moribunda a finales del siglo XIX), de crear el culto a la tradición revolucionaria-nacionalista a lo largo de la historia de Irlanda mediante la celebración de las rebeliones del pasado y de refrendar las ideas de nacionalismo económico («*autarky*»), de separatismo cultural y de resistencia pasiva predicadas por el movimiento político llamado «Sinn Féin» (habitualmente traducido como «Nosotros Solos»), que surgió de la mano de Arthur Griffith a principios de la década de 1900. A la hora de rastrear la transición desde el apoyo al *Home Rule*, que parecía gozar de una aprobación abrumadora por parte del pueblo irlandés antes de 1900, hasta la exigencia republicana mucho más radical que se formuló en 1916-1922, creo que las raíces de la revolución deberían buscarse más en la familia, en los colegios y en las aulas de la universidad. Los estudiantes universitarios irlandeses no eran, como se decía de la Rusia del siglo XIX, un «proletariado del pensamiento»¹⁴; formaban parte de una clase media creada por las estructuras de la Irlanda victoriana. Pero los elementos y procesos radicales les influenciaron y condicionaron, igual que también influían en quienes se habían educado en determinados colegios, sobre todo los de algunas órdenes católicas dedicadas a la enseñanza. En Irlanda, al igual que en otras culturas prerrevolucionarias, hay que prestar atención al potencial de radicalización de las «capas medias» de la sociedad¹⁵. Hay otro síndrome ruso que podría aplicarse a la prerrevolución irlandesa: el concepto de «alta burguesía arrepentida»¹⁶. Bakunin, Herzen, Belinsky y otros populistas radicales rusos procedían de la pequeña aristocracia, igual que un número reducido, pero influyente, de revolucionarios irlandeses. Las vidas de algunas figuras revolucionarias procedentes de las clases altas terratenientes en Irlanda (la denominada «Ascendencia»), como Robert Barton, Erskine Childers y Constance Gore-Booth (posteriormente Markiewicz), merecen ser examinadas bajo esa luz. Lo mismo sucede con los revolucionarios procedentes de los grupos religiosos disidentes de clase media, sobre todo cuáqueros, como Bulmer Hobson y Rosamond Jacob. El análisis de sus vidas puede

¹⁴ Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. 222.

¹⁵ Edward ACTON: «The Parting of Ways...», p. 58.

¹⁶ Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. xii.

ayudarnos a comprender lo que llevó a unas personas jóvenes y cultas a abandonar la política moderada y a adoptar el extremismo en una época en que sus circunstancias objetivas, y podría decirse que las de su país, no les obligaban a dar un paso tan radical.

Un proceso de esas características es crucial para los momentos históricos transformadores. Constituye el meollo de la inesperada revolución irlandesa de principios del siglo xx. Curiosamente, sin embargo, en el ámbito de la formulación «heroica» de aquella revolución hasta ahora no se ha analizado la «experiencia individual del cambio»: la formación de esa generación revolucionaria sigue siendo una incógnita fundamental. Y se trata de un asunto de interés duradero y relevante.

He calificado esa revolución de «inesperada», pero gran parte de la historiografía tradicional la ha representado como el resultado inevitable de un proceso continuo: el avance predeterminado de la liberación nacional. Esta interpretación ha sido cuestionada por el trabajo de la última generación de historiadores irlandeses, acaso como parte de un cuestionamiento y una reinterpretación generales del nacionalismo en sí que está en marcha, tanto a nivel teórico como empírico, desde la década de 1970¹⁷. Creo que ese fenómeno puede examinarse analizando las opiniones, las actividades y la evolución intelectual de los grupos humanos más importantes, definidos por su actividad a través de la forma en que sus miembros se relacionaban entre sí, en que trababan amistad unos con otros y en que pasaban juntos su tiempo de ocio. Este procedimiento podría ir más allá de la biografía de grupo para intentar perfilar una generación y señalar un momento de cambio histórico entre las personas que hicieron una revolución y fundaron un Estado nuevo. Los futuros separatistas de otros países les considerarían *avatares*, pero todavía no se ha escrito un análisis completo de su proceso de radicalización, ni tampoco se ha llevado a cabo una comparación exhaustiva con las experiencias europeas, algunas de ellas muy cercanas en el tiempo. Las vidas de los irlandeses durante la década de 1890 y principios de la de 1900 se asemejaban a las de los ciudadanos de otros países donde unos jóvenes románticos y visionarios, procedentes de un entorno con buen nivel educativo dentro de un

¹⁷ Véase mi ensayo «Forward to Methuselah: the progress of nationalism», en Terence DOOLEY (ed.): *Ireland's Polemical past: views of Irish history in honour of R. V. Comerford*, Dublín, University College Dublin, 2010, pp. 141-159.

mundo fuertemente estratificado por distinciones de clase y religión, se situaron en contra de lo que ellos percibían como un *establishment* asfixiante y corrupto, y a menudo también en contra de sus progenitores¹⁸.

Al leer la correspondencia inédita y las memorias de sus contemporáneos llama la atención la transformación de los jóvenes nacionalistas constitucionalistas de las décadas de 1880 y 1890 —que habían sido seguidores del Partido Parlamentario Irlandés y del proyecto del *Home Rule*— en defensores del movimiento separatista radical Sinn Féin, que logró una asombrosa y aplastante victoria en las elecciones de 1918 y que utilizó su mandato para retirarse del Parlamento de Westminster y establecer una asamblea revolucionaria «alternativa» en Dublín. (También existe una dialéctica alterna, por la cual algunos de los que se sumaron al nacionalismo cultural en la década de 1890 se retractaron de su postura a medida que iba definiéndose la política separatista.) Al examinar los papeles personales es posible advertir que la gente empezó a firmar con sus nombres en irlandés al final de sus cartas en inglés, a suscribirse a nuevos tipos de publicaciones, a frecuentar colegios distintos y, en algunos casos, a considerar colaboracionista a la generación de sus padres, así como a asumir actitudes de una anglofobia retórica.

Es posible que en aquel proceso hubiera una gran dosis de sobrecompensación (sobre todo por parte de la «alta burguesía arrepentida») y eso puede ser un reflejo de cierta inseguridad cultural que se manifiesta de formas insospechadas. Algunos de los ejemplos más llamativos de las biografías radicales se dan entre mujeres jóvenes procedentes de familias protestantes de clase media, muchas de ellas estudiantes de arte de las dos facultades de Bellas Artes de Dublín: mujeres como Cesca Trench, Grace Gilford y muchas otras¹⁹. Durante la década de 1890 y principios de la de 1900, la participación en movimientos contraculturales como el sufragio femenino, el pacifismo, los derechos de los animales y el movimiento antivivisección puso en contacto a personas como Rosamond Jacob con actividades más claramente radicales; a través de sus numero-

¹⁸ Véase Tom GARVIN: *Nationalist Revolutionaries in Ireland, 1858-1928*, Oxford, Clarendon Press, 1987, pp. 13 y ss., para una breve discusión del tema.

¹⁹ Véanse Hilary PYLE: *Cesca's Diary, 1913-1916*, Dublín, Woodfield Press, 2005; varias obras sobre las sorprendentes hermanas Gifford; los diarios inéditos de Rosamond Jacob, y la correspondencia de Sara Purser.

Los diarios inéditos es posible seguir la trayectoria de esta joven intelectual cuáquera, que había sido educada en casa por unos padres librepensadores, que se afilió a los grupos separatistas, que asistía a los mítines y que entraba en contacto con un tipo de personas que anteriormente estaban excluidas de su círculo social²⁰. Ese proceso también la llevó a descubrir las recónditas comarcas costeras del oeste de Irlanda, adonde acudían personas como ella para poder hablar gaélico y llevar una vida sencilla, con el mismo fervor y con gran parte de los mismos motivos que los *narodnikii*, los revolucionarios rusos de la generación anterior. Por encima de todo es imprescindible analizar el proceso de recuperación del idioma y el desarrollo de una «regeneración» cultural no sólo a nivel institucional, sino también por cómo afectó a las vidas individuales y fue creando círculos de contacto que se solapaban entre sí. Puede decirse lo mismo de la política cultural, que funcionaba a través de pequeñas sociedades literarias y grupos teatrales, y que ha sido recientemente analizada por estudiosos de la literatura y de la historia. Dublín, en la misma medida que París, Moscú o Berlín, tenía su dimensión bohemia. El vibrante, aunque a menudo introvertido, mundo del periodismo y las editoriales irlandesas, que ha sido examinado en unos pocos estudios especializados, requiere un análisis más detallado y profundo. Lo mismo sucede con la política educativa. St. Enda, el colegio fundado por el intelectual radical Patrick Pearse, regenerador y escritor de la lengua gaélica y que posteriormente se erigió en uno de los líderes de la «insurrección» de 1916, siendo ejecutado por ello, funcionaba como una especie de *madrassa* de la revolución y ha sido estudiado por Elaine Sisson. Pero el mundo de la vida estudiantil en Trinity, así como en la Universidad Nacional, todavía está esperando a un historiador que la investigue, lo mismo que ocurre con la influencia de los profesores y los conferenciantes más carismáticos. Tal y como sucedió en Rusia y Francia en aquella misma época, los maestros y pequeños funcionarios desempeñaron un importante papel a la hora de radicalizar la experiencia de la clase media irlandesa, y sus vidas están mejor documentadas que la mayoría²¹. Es posible rescatar las vivencias de la existencia cotidiana mediante los procedimientos de la biografía.

²⁰ NLI [National Library of Ireland], ms. 32, 582 (contiene docenas de volúmenes manuscritos inéditos).

²¹ Tom GARVIN: *Nationalist Revolutionaries in Ireland...*, pp. 24 y ss.

Las fuentes están ahí. Después de la revolución, en la atmósfera más bien gris del nuevo Estado Libre Irlandés, muchos escribieron sus memorias, que en la mayoría de los casos no se publicaron, pero que fueron conservadas por sus familias. La información sobre la experiencia individual conservada en antiguas revistas escolares y publicaciones estudiantiles es apasionante²². En 2009 se publicó un gigantesco *Diccionario Biográfico Irlandés* en nueve tomos que facilita la tarea²³; la agiliza todavía más la riqueza de los archivos individuales recopilados por el Departamento de Historia Militar, que recientemente han sido puestos a disposición de los estudiosos, así como los relatos personales de quienes solicitaban una pensión en virtud de sus actividades revolucionarias. Es preciso abordar todas esas evidencias con sumo cuidado: al fin y al cabo, forman parte de un proceso de autojustificación. Pero analizar los supuestos que hay detrás de ese tipo de material, y su mayor o menor fiabilidad, constituye a fin de cuentas una parte esencial de la formación y la tarea del biógrafo.

La religión, como ocurre en tantas otras áreas de la vida de Irlanda, lo impregna todo; además, como han señalado los estudiosos respecto a Rusia, es la poderosa fuerza condicionante que está detrás de determinados aspectos de la mentalidad revolucionaria. En el caso de las biografías de la generación revolucionaria irlandesa, pueden resultar esclarecedores los archivos diocesanos católicos, que cada vez son más accesibles para su estudio, y los fondos de la Biblioteca del Organismo Representativo de la Iglesia de Irlanda* (lo mismo puede decirse del enorme archivo de correspondencia que se conserva en el Colegio Irlandés en Roma, pero por desgracia acaba de suspenderse el acceso de los investigadores a sus fondos). Un análisis del mundo de los intelectuales nacionalistas protestantes y de los *refusniks*, por muy minoritarios que fuesen, nos diría muchas cosas acerca de la liquidación de las viejas jerarquías de pensamiento y poder. Al parecer, el renacimiento literario irlandés de la década de 1890 y principios de la de 1900 estuvo domi-

²² Aprovechada con imaginación por Senia PASETA: *Before the Revolution: nationalism, social change and Ireland's catholic elite, 1879-1922*, Cork, Cork University Press, 1999, pero no por muchos más.

²³ *Dictionary of Irish Biography from the Earliest Times to 2002*, editado por James McGUIRE y James QUINN, 9 vols., Cambridge, Royal Irish Academy-Cambridge University Press, 2009.

* Provincia de la Iglesia anglicana (*N. de la T.*).

nado por los escritores procedentes de familias de «Ascendencia» protestante, como W. B. Yeats, Augusta Gregory y J. M. Synge; por consiguiente, los críticos como Seamus Deane y Declan Kiberd han planteado la atractiva idea de que el renacimiento fue un intento de prolongar la hegemonía aristocrática (de las «*Big Houses*», las casas grandes) por otros medios. Se trata de una idea demasiado simplista, pero se hace eco de un análisis ya avanzado en su momento y destaca los antagonismos y resentimientos implícitos en el seno de la generación revolucionaria²⁴. La conciencia de clase estaba más presente y tenía más influencia de lo que admite la historiografía nacionalista tradicional irlandesa.

Este asunto no necesita solamente su propio historiador, sino también su propio biógrafo. A mi juicio, es posible esclarecer el estudio a gran escala de la mentalidad irlandesa prerrevolucionaria y revolucionaria durante lo que W. B. Yeats denominó la «larga gestación» de la revolución, desde 1890 hasta 1916, a través del examen de las vidas individuales y de cómo se entrecruzan, una lección que figura en una escala mucho mayor en la obra de Venturi, como ya he mencionado. Al mismo tiempo, una obra de esas características debería ser distinta de las obras anteriores que han abordado ese tema y liberarse de algunas de las limitaciones, por lo demás inevitables, del enfoque biográfico o institucional por el procedimiento de concentrarse en numerosos grupos interconectados de personas, seleccionados por actividades o identificaciones, que los confirmasen como miembros influyentes de la élite revolucionaria. Los matrimonios entre miembros de esos grupos son importantes, al igual que otras formas de interacción social que vinculan a los creadores de opinión; la tesis de Noel Annan a propósito de una «aristocracia intelectual» que influyó en la vida en el Reino Unido a finales del siglo XIX y principios del XX tal vez podría adaptarse provechosamente a la hora de examinar la aparición de la flor y nata de la revolución irlandesa, que rápidamente se convirtió en una clase gobernante posrevolucionaria.

Sin embargo, lo que a mí me parece crucial es la vida de la gente durante el periodo de transición: lo que yo he denominado, aunque con escasa elegancia y de un modo un tanto determinista,

²⁴ Seamus DEANE: *Celtic Revivals: essays in modern Irish Literature*, Londres, Faber, 1985, y Declan KIBERD: *Inventing Ireland: the literature of the modern nation*, Londres, Vintage, 1996.

la «prerrevolución». Entre las personas a considerar habría periodistas, clérigos, estudiantes de arte y artistas, profesores y estudiantes, activistas sindicales y funcionarios, y teniendo en cuenta también las provincias, además de Dublín. Escribir sus biografías tal vez ayudaría a echar por tierra el modo inflexible o hagiográfico en que se han presentado hasta ahora algunas figuras cruciales, a resaltar la forma en que los círculos de activistas se solapaban e interactuaban y a poner el acento en la importancia de las ideas procedentes de fuera de Irlanda, así como en las semejanzas con otros países. Entre las fuentes que nos permiten conocer sus pensamientos y experiencias desde la década de 1890 hasta la de 1920 están los documentos de sus instituciones y organizaciones, así como sus archivos personales, su correspondencia, sus escritos y el periodismo de la época²⁵. Una nueva fuente importante, ya mencionada, es el tesoro de entrevistas recogidas por el Departamento de Historia Militar. Entre ellas están las memorias de los revolucionarios supervivientes, recopiladas por el gobierno durante los años cuarenta y cincuenta, pero que han sido materia reservada hasta hace muy poco —en parte debido a que los interesados no siempre eran muy benévolo unos con otros—. Esas memorias suponen mucho más que simples relatos de la participación en actividades revolucionarias. El archivo presenta una serie de autobiografías condensadas, a menudo de personajes olvidados y poco conocidos (o amargados). Son autobiografías rememoradas veinte o treinta años después de los hechos y, por consiguiente, presentan complejos problemas a la hora de descifrarlos; tienen que ver con los «recuerdos» en la misma medida que sirven de guía para saber «lo que sucedió en realidad». Pero, si se abordan con la debida cautela, indudablemente aportarán mucho a la profundidad y la riqueza de la cultura que se pretende estudiar.

Es algo que no se había hecho antes. La movilización de la revolución irlandesa aún plantea muchas cuestiones sin resolver. Incluso el hecho mismo de llamarla «revolución» es producto de un consenso de fecha muy reciente y su duración también es opi-

²⁵ Entre las fuentes estarían la National Library of Ireland, la British Library, el Trinity College Dublin, los archivos del University College Dublin (quizá la fuente más importante), Cork County Council (especialmente para los papeles de Liam de Roiste), los archivos diocesanos recientemente abiertos (especialmente los documentos del Arzobispo Walsh) y los Irish National Archives.

nable. ¿Duró desde 1912 hasta 1922, o acaso deberíamos adoptar el concepto de «larga gestación», en palabras de Yeats, desde la caída de Parnell en 1891, o la idea de una convulsión que se puso en marcha a raíz de la Primera Guerra Mundial?²⁶ No obstante, la cuestión fundamental sigue siendo la radicalización: por qué y cuándo la gente pasó a refrendar la confrontación violenta y el separatismo, en vez del futuro del *Home Rule* constitucional, que durante tanto tiempo había gozado de un apoyo mayoritario en Irlanda y que había ejercido, a través del Partido Parlamentario Irlandés, la hegemonía sobre la política irlandesa. En realidad, nunca se ha examinado el motivo por el cual el Partido Parlamentario perdió el apoyo de los jóvenes. El abandono del nacionalismo constitucionalista a menudo implicaba que la gente más insospechada tirara por la borda los valores convencionales de la clase media en aras de una visión nueva y radical de la política republicana; aunque el conservadurismo y el catolicismo volverían a reafirmar su dominio en cuanto la revolución logró en parte sus objetivos separatistas. La cuestión de un cambio de mentalidad está presente en muchos estudios sobre el periodo²⁷. El análisis de las vidas individuales tal vez ayude a esclarecerlo.

Hoy en día también están produciéndose otros cambios de conciencia —y ahí es donde la agitación social de hace un siglo en Irlanda podría ser de interés para un colectivo más amplio que los historiadores irlandeses, o incluso que los historiadores en general—. Un estudio de ese tipo es novedoso, significativo y relevante. Plantea

²⁶ Como en los trabajos de Paul Bew; también ha sido destacado en los recientes trabajos de Fergus Campbell, Michael Wheatley y Matthew Kelly.

²⁷ Véase el lapidario de Charles TOWNSEND: *Easter 1916. The Irish rebellion*, Londres, Allen Lane, 2005, y varios estudios sobre personajes revolucionarios como los de Richard ENGLISH: *Ernie O'Malley: IRA Intellectual*, Oxford, Clarendon, 1998; David FITZPATRICK: *Harry Boland's Irish Revolution, 1887-1922*, Cork, Cork University Press, 1999; Margaret WARD: *Hanna Sheehy-Skeffington: a life*, Cork, Attic Press, 1997, y Fearghal MCGARRY: *Eoin O'Duffy: A self-made hero*, Oxford, Oxford University Press, 2007. Pero no se ha discutido en un frente más amplio. *The Long Gestation*, de Patrick MAMME, es un estudio pionero de la cultura política del Partido Parlamentario Irlandés, pero evita las grandes conclusiones. El estudio sobre el Sinn Féin de Michael LAFFAN: *The Resurrection of Ireland: the Sinn Féin Party, 1916-1923*, New York, Cambridge University Press, 1999, acota drásticamente el periodo de tiempo y se limita a una organización. La sugerente obra de Senia PASETA: *Before the Revolution...*, abarca un corto periodo y se refiere a los católicos de clase media con estudios universitarios.

paralelismos, en primer lugar, con otras culturas políticas en vías de radicalización durante aquella época y, en segundo lugar, con lo que observamos hoy en día en determinadas regiones del mundo. En Rusia y en Francia, a principios del siglo xx, grupos de agitadores de clase media elaboraron una crítica disidente desde la izquierda y la derecha del espectro político, respectivamente; la comparación entre los bolcheviques rusos y los miembros del Sinn Féin irlandés pasó a ser habitual después de 1917, pero el paralelismo con la derechista *Action Française* es menos frecuente —si bien el *United Irishman*, el periódico nacionalista radical de Arthur Griffith, líder del Sinn Féin, citaba regularmente a su contemporáneo francés, *Libre Parole*, de Drumont—. Aquí, como en otros aspectos, Irlanda debería ser considerada más europea de lo que normalmente se piensa.

Un enfoque biográfico también podría analizar la evolución de la religión y la función de los sistemas de pensamiento religiosos en la gestación de la revolución. Durante la «prerrevolución», las personas que he mencionado eran generalmente secularistas, librepensadoras, y desdénaban las devociones religiosas y políticas. «¡Cómo ablanda el seso la religión!» le confía Rosamond Jacob a su diario. Pero, a medida que va evolucionando la mentalidad revolucionaria, la influencia de las expectativas y los condicionantes religiosos se van haciendo cada vez más patentes y las expectativas utópicas se tornan más apasionantes (y, tal vez, quiméricas)²⁸. El tipo de asuntos que inicialmente acompañaba a la radicalización política en la década de 1890 (derechos de los animales, vegetarianismo, sufragio de la mujer) dio paso al proyecto de construir un nuevo mundo político a través de la violencia si fuese necesario. Además, me gustaría sugerir cautamente que el progreso del pensamiento revolucionario y las intersecciones entre nacionalismo y religión, que hoy en día observamos en algunos lugares de Oriente Próximo, así como en las comunidades musulmanas en otros países, podrían esclarecerse en determinados aspectos si los comparamos con el ejemplo irlandés de hace un siglo. Por otra parte, está la cuestión del poder que ciertas personalidades carismáticas son capaces de ejercer en los grupos pequeños e introvertidos de devotos (de nuevo me viene

²⁸ Véase Krishan KUMAR: «Twentieth-century Revolutions...». También James H. BILLINGTON: *Fire in the Minds of Men: origins of the revolutionary faith*, Londres, Temple Smith, 1980, y Melvin J. LASKY: *Utopia and Revolution: on the origins of a metaphor*, Chicago, Chicago University Press, 1976.

a la mente Rusia). Y también está la cuestión de la adopción consciente de procedimientos de «guía», que yo ya he advertido entre la generación que estoy estudiando. Además, existen amplias cuestiones relativas al choque generacional que nos resultan más familiares por los estudios de las décadas de 1840 o 1960, pero que son de gran relevancia para mi periodo. La novela *Padres e hijos*, de Turgueniev, podría haber sido escrita para el mundo irlandés de la siguiente generación, donde figuras como Basarov comienzan a expresarse abiertamente y a influir en su generación.

Menciono estos ejemplos no para imponer un patrón o una plantilla cerrados, sino para ilustrar que un precedente histórico podría servir para esclarecer el enfoque de un asunto contemporáneo y también a fin de señalar algunas áreas que son particularmente idóneas para un enfoque biográfico. Para el historiador-biógrafo, éste es el momento adecuado para abordar ese asunto en términos de erudición: ya se hecho una parte del trabajo preliminar, se están abriendo nuevos archivos y está empezando a apreciarse la naturaleza híbrida de la cultura, la historia y las tradiciones irlandesas de una forma más sutil que antes, tanto dentro como fuera de Irlanda. Pero también es el momento adecuado para abordar este asunto en términos de los acontecimientos del mundo actual tal y como lo conocemos hoy en día —y con nuestra experiencia de las revoluciones inesperadas de los últimos treinta años—. La cuestión de la radicalización de la mentalidad revolucionaria hasta el extremo de la resistencia violenta o «terrorista» entre personas que inicialmente no parecen susceptibles a unas ideas tan intransigentes no sólo es un tema de interés para los historiadores de Irlanda, como tampoco sencillamente para quienes estudian el pasado; es más relevante que nunca. Y a mi juicio, es posible investigarla mediante el absorbente proyecto de averiguar, sencillamente, quiénes eran aquellas personas.

Concluiré con una breve cita de un poema de W. B. Yeats, cuya vida coincidió con la transición desde la cultura política del «*Home Rule*» a la cultura de una revolución nacionalista, y que la observó muy de cerca. Tal vez apropiadamente, la idea de la investigación en la que estoy inmerso surgió al leer una y otra vez *Pascua de 1916*, el famoso poema de Yeats escrito tras la insurrección en Dublín que marcó el comienzo de la revolución irlandesa. Para Yeats y para muchos otros aquel acontecimiento fue una ab-

soluta sorpresa, y él, a través de este gran poema, intenta preguntarse acerca de los móviles, la psicología y la vida de un grupo fundamental de revolucionarios, con el objeto de comprender la forma en que aquella transformación en el ámbito del yo individual de los sublevados precedió a la transformación que querían operar en la sociedad²⁹. El poema comienza con las impresiones de Yeats sobre aquellas personas antes de la revolución:

Con ellos me he cruzado al caer el día
 Cuando venían, los rostros vivaces
 de algún escritorio o ventanilla
 entre sombrías casas dieciochescas³⁰.

Más adelante Yeats repite la frase: «Todo ha cambiado, cambiado del todo: una terrible belleza ha nacido». Para comprender ese cambio debemos examinar esos «rostros vivaces»; debemos ponernos detrás de aquellos escritorios y ventanillas, y meternos en sus vidas y en sus mentes. Ahí es donde la biografía se entrecruza con las grandes cuestiones de la historia, tanto en Irlanda como en el resto del mundo.

[Artículo traducido por Mary Solari y revisado por Alejandro Pradera]

²⁹ Un análisis en mi obra *W. B. Yeats: A Life*, vol. II, *The Arch-Poet, 1915-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 59-64.

³⁰ William B. YEATS: *The Variorum Edition of the Poems*, Londres, Macmillan, 1987 [*Antología Poética*, trad. de Daniel Aguirre, selección y prólogo de Seamus Heaney, Barcelona, Lumen, 2005]. Los «rostros vivaces» recuerdan el ensayo del populista ruso Ogarev sobre «la multitud»: «Indudablemente, en sus rostros inteligentes, en su gran capacidad para comprender y actuar, y en la rapidez de sus mentes hay suficientes elementos para crear un todo armonioso, para dar a la humanidad un brillante ejemplo de vida social y una imagen del gran destino del hombre». Citado en Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. 10.